

TEST ADEGUATA PREPARAZIONE LETFIL – 10 settembre 2024

SPAGNOLO

Leopoldo Alas, *La Regenta*, 1884

[...]

La Regenta, que estaba de rodillas, se puso en pie con un valor nervioso que en las grandes crisis le acudía... y se atrevió a dar un paso hacia el confesonario.

Entonces crujió con fuerza el cajón sombrío, y brotó de su centro una figura negra, larga. Ana vio a la luz de la lámpara un rostro pálido, unos ojos que pinchaban como fuego, fijos, atónitos como los del Jesús del altar...

El Magistral extendió un brazo, dio un paso de asesino hacia la Regenta, que horrorizada retrocedió hasta tropezar con la tarima. Ana quiso gritar, pedir socorro y no pudo. Cayó sentada en la madera, abierta la boca, los ojos espantados, las manos extendidas hacia el enemigo, que el terror le decía que iba a asesinarla.

El Magistral se detuvo, cruzó los brazos sobre el vientre. No podía hablar, ni quería. Temblábale todo el cuerpo, volvió a extender los brazos hacia Ana... dio otro paso adelante... y después clavándose las uñas en el cuello, dio media vuelta, como si fuera a caer desplomado, y con piernas débiles y temblonas salió de la capilla. Cuando estuvo en el trascoro, sacó fuerzas de flaqueza, y aunque iba ciego, procuró no tropezar con los pilares y llegó a la sacristía sin caer ni vacilar siquiera.

Ana, vencida por el terror, cayó de bruces sobre el pavimento de mármol blanco y negro; cayó sin sentido.

La catedral estaba sola. Las sombras de los pilares y de las bóvedas se iban juntando y dejaban el templo en tinieblas.

Celedonio, el acólito afeminado, alto y escuálido, con la sotana corta y sucia, venía de capilla en capilla cerrando verjas. Las llaves del manajo sonaban chocando.

Llegó a la capilla del Magistral y cerró con estrépito.

Después de cerrar tuvo aprensión de haber oído algo allí dentro; pegó el rostro a la verja y miró hacia el fondo de la capilla, escudriñando en la oscuridad. Debajo de la lámpara se le figuró ver una sombra mayor que otras veces...

Y entonces redobló la atención y oyó un rumor como un quejido débil, como un suspiro.

Abrió, entró y reconoció a la Regenta desmayada.

Celedonio sintió un deseo miserable, una perversión de la perversión de su lascivia: y por gozar un placer extraño, o por probar si lo gozaba, inclinó el rostro asqueroso sobre el de la Regenta y le besó los labios.

Ana volvió a la vida rasgando las nieblas de un delirio que le causaba náuseas. Había creído sentir sobre la boca el vientre viscoso y frío de un sapo.

Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad* (1967)

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarías con el dedo. Todos los años, por el mes de marzo, una familia de gitanos desarrapados plantaba su carpa cerca de la aldea, y con un grande alboroto de pitos y timbales daban a conocer los nuevos inventos. Primero llevaron el imán. Un gitano corpulento, de barba montaraz y manos de gorrión, que se presentó con el nombre de Melquíades, hizo una truculenta demostración pública de lo que él mismo llamaba la octava maravilla de los sabios alquimistas de Macedonia. Fue de casa en casa arrastrando dos lingotes metálicos, y todo el mundo se espantó al ver que los calderos, las pailas, las tenazas y los anafes se caían de su sitio, y las maderas crujían por la desesperación de los clavos y los tornillos tratando de desenclavarse, y aun los objetos perdidos desde hacía mucho tiempo aparecían por donde más se les había buscado, y se arrastraban en desbandada turbulenta detrás de los fierros mágicos de Melquíades. «Las cosas, tienen vida propia -pregonaba el gitano con áspero acento-, todo es cuestión de despertarles el ánima.» José Arcadio Buendía, cuya desaforada imaginación iba siempre más lejos que el ingenio de la naturaleza, y aun más allá del milagro y la magia, pensó que era posible servirse de aquella invención inútil para desentrañar el oro de la tierra. Melquíades, que era un hombre honrado, le previno: «Para eso no sirve.» Pero José Arcadio Buendía no creía en aquel tiempo en la honradez de los gitanos, así que cambió su mulo y una partida de chivos por los dos lingotes imantados. Úrsula Iguarán, su mujer, que contaba con aquellos animales para ensanchar el desmedrado patrimonio doméstico, no consiguió disuadirlo. «Muy pronto ha de sobrarnos oro para empedrar la casa», replicó su marido. Durante varios meses se empeñó en demostrar el acierto de sus conjeturas. Exploró palmo a palmo la región, inclusive el fondo del río, arrastrando los dos lingotes de hierro y recitando en voz alta el conjuro de Melquíades. Lo único que logró desenterrar fue una armadura del siglo xv con todas sus partes soldadas por un cascote de óxido, cuyo interior tenía la resonancia hueca de un enorme calabazo lleno de piedras. Cuando José Arcadio Buendía y los cuatro hombres de su expedición lograron desarticular la armadura, encontraron dentro un esqueleto calcificado que llevaba colgado en el cuello un relicario de cobre con un rizo de mujer.

José de Espronceda, *El reo de muerte* (1835)

Para hacer bien por el alma

Del que van a ajusticiar!!! |

Reclinado sobre el suelo

Con lenta amarga agonía,
 Pensando en el triste día
 Que pronto amanecerá,
 En silencio gime el reo 5

Y el fatal momento espera
 En que el sol por vez postrera
 En su frente lucirá.
 Un altar y un crucifijo,
 Y la enlutada capilla 10

Lánguida vela amarilla
 Tiñe en su luz funeral,
 Y junto al mísero reo,
 Medio encubierto el semblante,
 Se oye al fraile agonizante 15

En son confuso rezar.
 El rostro levanta el triste
 y alza los ojos al cielo;
 Tal vez eleva en su duelo
 La súplica de piedad: 20

¡Una lágrima! ¿es acaso
 De temor o de amargura?
 ¡Ay!, ¡a aumentar su tristura
 Vino un recuerdo quizá!!!
 Es un joven y la vida 25

Llena de sueños de oro,

Pasó ya, cuando aun el lloro
 De la niñez no enjugó:
 El recuerdo es de la infancia,
 ¡Y su madre que le llora, 30

Para morir así ahora
 Con tanto amor le crió!!!
 Y a par que sin esperanza
 Ve ya la muerte en acecho,
 Su corazón en su pecho 35

Siente con fuerza latir,
 Al tiempo que mira al fraile
 Que en paz ya duerme a su lado,
 Y que, ya viejo y postrado,
 Le habrá de sobrevivir. 40

Tirso de Molina, *El burlador de Sevilla* (1625)

[...]

D. JUAN

Cenemos.

D. GONZALO

Para cenar

es menester que levantes

esa tumba.

D. JUAN

Y si te importa,

levantaré esos pilares.

D. GONZALO

Valiente estás.

D. JUAN

Tengo brío

2735

y corazón en las carnes.

CATALINÓN

Mesa de Guinea es ésta.

Pues, ¿no hay por allá quien lave?

D. GONZALO

Siéntate.

D. JUAN

¿Adónde?

CATALINÓN

Con sillas

vienen ya dos negros pajes. 2740

(Entran dos enlutados con dos sillas.)

¿También acá se usan lutos

y bayeticas de Flandes?

D. JUAN

Siéntate tú.

CATALINÓN

Yo, señor,

he merendado esta tarde.

D. GONZALO

No repliques.

CATALINÓN

No replicó.

2745

(¡Dios en paz desto me saque!)

¿Qué plato es éste, señor?

D. GONZALO

Este plato es de alacranes
y víboras.

CATALINÓN

¡Gentil plato!

D. GONZALO

Estos son nuestros manjares. 2750

¿No comes tú?

D. JUAN

Comeré,
si me dices áspid y áspides
cuantos el infierno tiene.

D. GONZALO

También quiero que te canten.

CATALINÓN

¿Qué vino beben acá? 2755

D. GONZALO

Pruébalo.

CATALINÓN

Hiel y vinagre
es este vino.

D. GONZALO

Este vino
exprimen nuestros lagares.

(Cantan:)

*Adviertan los que de Dios
juzgan los castigos grandes, 2760
que no hay plazo que no llegue
ni deuda que no se pague. [...]*